

mas aun de los demócratas de buena ley, los cuales ni por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo quisieran provenir de los *cicateruelos de Zocodover*, los *esportilleros de Sevilla*, y todos esos *mandilejos de la hampa*, que dejando desiertos los Percheles de Málaga, las Islas de Riarán y la Olivera de Valencia, se acogian á estas nuestras buenas Indias Occidentales, donde sembraban su descendencia ilustre, bien como el atrevido capitán que metiéndose en el mar Pacífico hasta la cintura clavó el pabellon de los reyes Católicos. El que nos señalase á la animadversion de nuestros compatriotas, daria golpe en vago, pues de estos tristes recuerdos pensamos sacar nuestros mayores títulos á la gloria, puesto que nos sea licito gallardearnos al modo de los siete sabios. Interrogado Bion por el rey de Macedonia acerca de sus padres: Señor, respondió el filósofo, soy hijo de un liberto deudor fallido y de una ramera; y citó este verso del ciego de Esmirna:

Desciendo de esa sangre y me glorio *.

Antigono comprendió á qué centro tiraba sus líneas el sabio, y redobló para con él las muestras de respeto y consideracion. Ser hijo de un liberto y una ramera, y levantarse por la nobleza del corazón y el vigor de la inteligencia al primado de la sabiduría, es ser grande verdaderamente. Mileto, cuando ponía el trípode de Elena en manos de Tales, no pensaba sin duda que su gran ciudadano se conceptuaba inferior al hijo del deudor fallido. Consultado el oráculo por bien de paz, or-

* DIÓGENES LAERCIO, *Bion*.

denó que esa prenda que contenia los secretos del destino fuese ofrecida al más sabio de los griegos. Tales se la pasó á Bias, Bias á Bion el hijo de la ramera. Mas como sabio, éste debia ser modesto; se la pasó á Solon, y de mano en mano volvió á la de Tales: círculo sublime en cuya órbita giran armoniosas cordura, modestia y sabiduría, cual tres esferas animadas en cuyas entrañas viene sonando la música del cielo.

Considerar la verdad por su aspecto filosófico no es ofender á nadie: hay plumas que son como el áspid sagrado, no pican sino á los malos. Cervantes tendrá razon, por otra parte, mas no sin amplias restricciones: los fundadores de mil ciudades, los preceptores de la religion y la moral, los maestros de las ciencias y las artes, hombres de bien han de haber sido, y no todos gente hampesca ó de la vida airada. Y esos aventureros fabulosos que acometian empresas tales, que al andar del tiempo serian tan puestas en controversia como las de los héroes de la Iliada, si la historia no estuviera ahí apalancando contra la duda ó la incredulidad de las futuras generaciones; esos soberbios castellanos, caballeros sin miedo, aunque no del todo sin reproche, que así miraban por su Dios como por su rey y su honra, se habrán echado al mar desde la Héria de Sevilla, pidiendo licencia á Monipodio? Calle! los conquistadores del nuevo mundo no se llamaban Chiquiznaque y Maniferro, Rinconete y Cortadillo; se llamaban Francisco y Gonzalo Pizarro; se llamaban Pedro Alvarado y Sebastian Benalcázar; se llamaban Hernán Cortés y Pánfilo de Narvaez; y los que iban viniendo no eran ménos que

Blasco Núñez de la Vela, Pedro de la Gasca, y luégo el apóstol del verdadero cristianismo, el ángel de la guarda de los indios, Casas, el divino Casas. Y aun cuando éste y los de su condicion no habrán contribuido á poblar el nuevo mundo, no es ménos cierto que moralizaban á los pobladores, en cuanto les era posible, con sus exhortaciones y su ejemplo. Los vireyes, capitanes generales, oidores, recaudadores y más empleados de alta jerarquía que venian de la metrópoli, eran hidalgos, sin duda, y acaso grandes de España; puesto que es verdad que las mujeres honestas no tomaron parte en la conquista ni en los establecimientos posteriores, y, ménos Amazonas que las del Termodonte, se dejaban estar sentaditas en sus estrados, influidas del refran que dice, — la mujer honrada la pierna quebrada y en casa. Si algunos de los empleados principales trajeron á las suyas, con ellas se volvieron á su patria, sin dejarle al nuevo mundo sino los bastardos. Que esto no os desconseue, nobles: Don Enrique de Trastámara fué tambien bastardo, y rey por la gracia de Dios y su cuchillo. Si pues esos buenos castellanos, extremeños, aragoneses y andaluces andaban á cuestras la una cruz y la otra no, de presumir es que la numerosa descendencia con la cual poblaron la América hubiese provenido de alguna parte; máxime cuando los españoles no eran hombres que se dormian en las pajas, ni de San Antonio nos traian sino el puerco. Las indias pusieron la mitad en esta gran familia americana, y de ellas y los Almagros, Sotos, Valdivias, Quesadas, Encisos, Ojedas se ha formado esta hibridacion admirable, tan superior por la sensibilidad como por la inteligencia. Las castas más finas y precia-

das entre los animales nobles provienen del cruzamiento de las razas; y si se da que un agente superior fecunde á la hembra, el efecto de esta union misteriosa es bueno sobre toda ponderacion. Las yeguas de la Bética, movidas de amor inexplicable, se ponian de frente hácia la aurora, tan luégo como se levantaba el céfiro; y, abriendo las fauces voluptuosamente, aspiraban con ahinco las ráfagas de ese invisible galan: de este placer fantástico nacia los caballos de los héroes. Si el egoista semental sospechara esa poética infidelidad, todavia no se diera por ofendido: ya os dije que el viejo Ariston tuvo á gloria prohijar al hijo de Saturno.

Las frutas más suaves y gustosas son las provenientes del ingerto: durazno y manzana, membrillo y pera. Así el español y la india, el español y la negra, el español y... Por dicha nuestros bosques nunca han servido de templo á las salvajes divinidades que habitan los del África, sátiros, silvanos, faunos, títeres, ó sean orangutanes, jocos, pongos, mandriles y otros miembros de esa real prosapia. Dicen que los españoles tenian predileccion por sus esclavas, lo cual es muy probable: la robusta clase que dirige las riendas del gobierno, empuña la espada, mueve la pluma y ase el cayado en la América del Sud, atrás del cútis europeo deja ver cómo corre veloz la sangre ardiente agitada por una gota de ébano disuelto en un licor encantado. Las hadas blancas poseen el secreto de esa prestigiacion sublime: Melisa é Hipermea cuidan de sus caballeros. Los que se cierran en ser cachupines puros, están á riesgo de ir á encontrar su abuelo en Peralvillo. No creeremos en su sangre sin

aligacion, aun cuando, nuevos Barcochebases, vengan echando llamas por la boca. Ah, sí, ellos son los hechiceros, ellos los magos, ellos los profetas! No llaman hasta ahora *chapetones* á los tontos? Cuando á uno le digan *chapeton*, tenga él por bien averiguado que lo que le dicen es jumento. Y no que con esto tire nadie á zaherir á nuestros mayores; cuándo! Los compatriotas de Quevedo, Moratin y Larra no son *chapetones*: *chape-tones* son estos mestizos que fincan su nobleza en la ignorancia, y se prevalen del dinero para apellidar aristocracia, olvidando *la cuarta* que tienen en las venas. El *de* y el *de la*, eslabones con que algunos ilusos han esclavizado su nombre á su apelativo, no indica sino la vanidad de esos inhábiles Vulcanos: la red con que el dios cojo pilló á Marte era más fina. Los grandes de primera clase se llamaban en España Juan Enriquez, Silva Mendoza y Sarmiento, duques de Medina y Marqueses de Rivadeo; se llamaban y se llaman Pedro Giron, Angel Saavedra, Juan Prim, sin *de ni de la* que los aplebeyen por el vanistorio. Los Moncadas y Requesenes, los Rebellas y Villanovares, los Palafojes y Rocabertis, los Cerdas, Manriques, Guzmanes y Mendozas; los Alencastres, Palles, Nuzas y Meneces tenían en la cuna lo necesario para no pedir al *de* la pureza de sangre que acaso les falta á los que por ahí lo tienen garrapiñado. En Francia el *de* es inseparable de la nobleza, lo mismo que en Alemania: *von* Moltke, *von* Arnim: en España no es necesario, y lo usan los que quieren, *ad libitum*, dice Fernan Caballero. En Inglaterra tampoco se usa el *de*: nunca se ha dicho John *of* Buckingham, William *of* Pembroke, sino Juan Buckingham, Guillermo Pembroke.

Lord Byron se llamaba Jorge Górdon. El que tuviese en las venas sangre de Duchicelas seria tan noble como el que la tiene de Orleanes; y descender de la reina Paccha vale tanto como ser nieto de Catalina de Rusia. Si va á los negros, ¿porqué no suponer que nuestras abuelas fueron princesas de esas que, caballeras sobre livianas avestruces se desflechan cual sombras encantadas por los arenales ardientes de su patria? Sabido es que el vencedor cautiva al pueblo vencido en esos países bárbaros, y lo vende príncipes y princesas inclusive: aun puede ser que vuesasmercedes, grandes señores de las Indias, hubieseis cabalgado en avestruces, ménos ha de cuatro siglos, cuando Huaina Cápac traia á sus piés al viejo Pichincha, hiriéndole en la frente con el cetro de los Incas.

Que hay en la América meridional clase noble por la sangre y por las obras, nadie lo pone en duda, segun es preciso que la haya en todos los pueblos de la tierra; pues aun cuando remontando por su genealogía hasta ponernos en Toledo, Madrid ó Zaragoza hallásemos que no todos nuestros aristócratas descendian en linea recta de los Zúñigas de Villamanrique ó de la gran casa de Béjar, todavía es verdad que la sangre se ennoblece, como se puede ennoblecer una casta de animales, como se mejora una planta, mediante aquellos procedimientos que eliminando el mal principio hacen prevalecer el bueno. El cruzamiento de las familias con tendencia á mejorar de continuo, acaba por azular las venas, y á la vuelta de algunas generaciones prepondera lo mejor, dejando en el pecho huellas casi imperceptibles de los

agentes sojuzgados. Los Médicis de Florencia fueron en su origen simples mercaderes, hijos del pueblo por el mismo caso; y andando el tiempo, de entronque en entronque, llegaron á ser de la primera nobleza europea, y aun á sentarse en más de un trono. Tanto como esto pueden las riquezas bien usadas, siendo como es la liberalidad sabiduría de la ambicion. Liberalidad cuerda y grandiosa; no el labrar gratitudes individuales, que tampoco es malo; liberalidad practicada en favor de la asociacion general, las luces, las buenas costumbres y otras cosas altas y profundas; liberalidad, en fin, que vuelve nobles y señores de pueblos á los que la ponen por obra. A nuestros nobles los pintaria Miguel Angel la una mano extendida hácia la banda presidencial, la otra apretando la faltriquera. Miel en la boca y cierra la bolsa: mala política. Y aun muy felices si no les pusiera lo que le puso á cierto miembro del Sacro Colegio en su gran cuadro de los Números. Tan instruidos son la mayor parte de nuestros aristócratas, que hay que decirlo claro: ¿Saben lo que le puso Miguel Angel al consabido cardenal? Orejas de burro, como lo puede ver en la capilla Sixtina cualquiera que viaje á Roma. Y no otra cosa les pusiera, si está ya bien averiguado que la aristocracia sud-americana reconoce por sus progenitores legítimos á cuanto gallego y asturiano concurrió á la conquista de las Indias. Borbones, Borbones de las Indias... Barbones, cuanto quieran: Hudibrás fué barbon; á Melgarejo, canalla de origen desconocido, le he visto retratado con barbas de Zoilo; Lucifer peina unas rucias formidables:

Gl' involve il mento, e su l' irsuto petto
Ispida e folta la gran barba scende;
E in guisa di vorágine profonda
S' apre la bocca d' otro sangue immonda.

Barbones de las Indias, ah, Barbones... Como fueron sus ascendientes así son ellos, si enemigos del saber, si extraños á las virtudes. Sin luz ni amor, sino con el orgullo quieren regirlo todo: Andar, son hombres y llenos de flaqueza.

El mal no estaria en que hubiese entre nosotros clase aristocrática, sino en que ella no fundase su nobleza en la superioridad del carácter y la ilustracion del espíritu, dirigidos sus esfuerzos al cultivo de las virtudes públicas y privadas. En las diferentes repúblicas hispano-americanas muchos debe de haber, y los hay sin duda, que siendo parte de familias principales, se entregan muy de propósito al cultivo del corazon y el entendimiento, por medio del estudio y las consideraciones filosóficas; con cuya salvedad podemos ya decir que, por la mayor parte, nuestros príncipes republicanos son caballeros de capa y espada, que echan por el camino del menosprecio de las letras humanas, siendo á su vez el ludibrio, y con razon, de los que se adornan con ellas. Señorones condecorados cuya venera es la ignorancia, andan garbosos con las insignias del espíritu malo: soberbia, codicia, lujuria, cruces de Satanás. Este emperador es muy amigo de la nobleza; de la falsa,

que la verdadera no consiste sino en el señorío del alma. Si los trajésemos al cepillo á esos grandes señores, las que nos cayesen bajo de él no serian sus mayores asperezas. Desalados por los bienes de fortuna, tienen en poco la honra, y se van con el turbion de la codicia, que da con ellos no pocas veces en la infamia. Tanto como esto son dificiles los hechos generosos para los que han recibido poco de la naturaleza, siendo al propio tiempo los engañados de la suerte. En la vida social no se hacen con los pobres; y cárguelos Judas si pudieran vivir sin ellos: necesidad de unos es abundancia de otros. Y como en este mundo feliz donde la república ha nivelado las clases, no hay sino las riquezas que prevalezcan despues del talento, resulta que por allegarlas sueltan la rienda á las peores pasiones, y se van tras ellas adonde quieran llevarlos esas divinidades tenebrosas.

Las riquezas son, pues, el fundamento de la aristocracia hispano-americana, atento que ni la ley reconoce títulos, ni las costumbres les hacen á los aristócratas preferencias debidas á sus memorias solariegas. Los últimos marqueses, marqueses de hecho, no de derecho, han desaparecido de la América democrática, y no muestran semblante de volver en ningun tiempo vínculos ni mayorazgos, sino es en un oscuro rincon donde se echa de la universidad á los plebeyos, se vuela de los beneficios á los curas aindiados, y se da el escándalo de discutir en el Congreso si el más corpulento de los eunucos acepta ó no las insignias nobiliarias que han comprado en Europa con las lágrimas del pueblo. Hay con

todo familias que se aferran sobre sus tradiciones, y otras que han fundado dinastías domésticas por su cuenta y riesgo, tan en su punto la soberbia, que se dejan consumir en sus casas, ántes que prestarse á enlaces deslizados que las traerian á ménos en el concepto de sus cofrades de Rusia y Alemania. Como de esas ha habido en una ciudad de la nacion más democrática y liberal de sud América en la cual la democracia hizo estragos tales, que el recinto sagrado de la nobleza quedó para guarida de ratas y murciélagos. *Jerusalem deserta facta est.* Cansadas de la cruz que San Jerónimo ofrece, pero no ayuda á llevar, las infantas vinieron en buscar remedio á su cuita; y como frisase con los treinta años, la primogénita miró por sí con el mayordomo de la hacienda. La segundona, envalentada por el ejemplo de su hermana mayor, anocheció y no amaneció, como suelen decir; y como lo propio habia sucedido con el sastre del portal, los malsines quisieron suponer que habia sido de concierto con la hermosa Briolanja. La última no quiso ser para ménos, y del pié del confesonario, tomó las hebillas de don Diego, como dice un gracioso hablador, con el zapatero de la esquina. Añade la maledicencia que el sastre era remendon, y el zapatero lo era de viejo. Pongo á la consideracion de legos y letrados si los cachorrillos de esos hábiles artistas no traian ya en las venas más de libra y media de sangre de Puñonrostro y Sabioneta! Las reinas madres, de puro enojo, se rindieron á la sepultura; dispersáronse los criados, y la mansion de las Musas quedó como si por ella hubiera pasado Atila. La carta de San Jerónimo á las vírgenes de Hermon llegaria tarde á esa ciudad.

« Sembrarás con lágrimas, á fin de cosechar con alegría; cubrirás tu cuerpo con un horroroso cilicio, que es el vestido que más agrada á Jesucristo. » *Manco male* : á los ermitaños de la Tebaida el seguir estos consejos. Un cierto grande y venerable cura á quien tengo el honor de conocer, los sigue letra por letra : cuando ha de montar á caballo, hace llamar con campana á sus feligreses para que le ayuden á alzar la pierna : No me toquen, no me toquen, no me toquen por los cilicios! exclama, y monta con mucho trabajo. Esto no quita que sea el padre de su pueblo, como Inocencio VIII, y que siga aumentando la poblacion, por que aun no es viejo. Pobre San Jerónimo, cómo le engañan sus devotos!

Montesquieu, en su gran estilo, ha dicho que los conventos son abismos siempre abiertos donde se hunden las generaciones venideras : así las casas que cierran la puerta al Himeneo son dragones que devoran á los que deben nacer, y destruyen en el seno de la nada los mejores frutos de la naturaleza. Esa amable divinidad se venga con furor cuando la desprecian y la irritan : á falta de Adónis y Narcisos, buenos son para ella sastres y zapateros. El que está esperando señorones para casar á sus hijas, corre peligro de entregarlas á un príncipe de Cavalcanti. No ha mucho llegó á Quito un primo hermano del emperador Francisco José con el título de *conde de Churimburgo*. (Les perdono la vida á los lectores suprimiendo las diez ó doce consonantes que traia el nombre verdadero del príncipe alemán.) No gozaba de renta sino la bicoca de mil pesos diarios el pobrecito; mas traia carta blanca de Su Majestad impe-

rial sobre todos los banqueros del nuevo mundo. Unos á ofrecerle sus casas, otros á ponerle á su disposicion sumas competentes de dinero; estos á sacarle en coche, esos á lustrarle las botas; tales á darle mesas de once, cuales á pedirle su retrato, se afanaron de suerte esos buenos dervises y santones de la bienaventurada Quito, que si el conde se les muestra más propicio, se lleva diez vestales por lo ménos, siquiera para azafatas y meninas de la emperatriz su cuñada, ó para damas de honor de su augusta esposa, si él viniera en tomar estado por su parte. Y son pocos los pisaverdes y pisanegros que querian irse de guardamanjieres y maestresalas de Su Alteza! Tal se enmadriga el pueblo en la plaza de San Pedro cuando Su Santidad le echa la bendicion desde una ventana del Vaticano, tal se arremolinaban nobles y plebeyos en la casa *del conde*, por si éste quisiera enseñarles el hocico entreabriendo la puerta de su sala. El conde por aquí, el conde por allí : primero que ir á misa, las viejas habian de pasar por la calle del conde; y las muchachas se vestian de mendigos para ir á verle, aun cuando no fuera á la luz del sol. Sabian éstas, sin duda, el refran que dice, á la mujer y á la tela no las cates á la vela; pero como el conde parecia no ser hembra, bien se le podia ver de noche. El shah de Persia no llamó la atencion por tal extremo en Paris la curiosa y novelera. Para desesperacion de la aristocracia, se fué el príncipe : no haber podido conseguir un mechon de pelo del conde! Con un tris de uña se hubieran contentado para ponerlo en relicario. A la vuelta de seis meses, el primo hermano del emperador de Austria estaba en el presidio en la Habana. Era un famoso caballero del

milagro, lo que se llama un refinado pícaro. Esperen los aristócratas príncipes y condes para casar á sus hijas. Si por bárbaros nos tienen esos pillos de franceses, razón les sobra : de un infeliz procurador judicial que pasa al nuevo mundo, y se corona rey de Araucania, á un jornalero de Estrasburgo que viene y funda casa de nobleza en una de las capitales de la América civilizada, no va mucho. Su Majestad Aurelio I sabe cuántos azotacalles de Lion, cuántos metemuertos de Marsella, cuántos destripaterrones de Ruan, cuántos echacuervos de Paris, casándose por las nubes vienen á ser de la aristocracia de Quito, Carácas, Bogotá y otras partes? Aun muy dichosa la princesa si su novio no es siete veces casado, de esos que se casan cada vez que pueden, y se hacen bautizar por especulación, como ya hizo en todas las ciudades del Ecuador cierto alemán de no rancia memoria. Y esos pecadores de obispos abriéndose la boca un palmo en los *Te Deum* que se cantaban á cada bautizada de aquel honrado tudesco! No iban á dejar dentro de poco un protestante en Alemania, teníanlo creído : Augusto Nicolás y Donoso Cortés se llevaban de calles á Lutero. Usted no se bautizó en Quito? le preguntaron en Guayaquil á aquel maduro neófito, como se acercaba á la pila bautismal. « Yu mi banteze dunde llega, » respondió con loable franqueza el teuton en buen castellano cimbriaco. García Moreno le trajo al banco del imperio, y mandó levantarle auto cabeza de proceso por hereje. Mas sucedió que á la sazón desembocase en el Pacífico un acorazado prusiano de los de á doce por banda, y el siete veces católico se fué sano y salvo y muy fresco á continuar su bautismerio en el Perú, acre-

ditando así los progresos del catolicismo. García Moreno aun no deja de hacerse cruces, *præpostera* : el diablo se santigua por atras.

En no viniéndoles á la mano infantes, delfines, czarwitches, ó príncipes de Gales para yernos, los nobles de las Indias suelen circunscribir por tal extremo el círculo de sus relaciones conyugales, que muchas veces los matrimonios no salen de la familia, privándose voluntariamente de girar en la órbita inmensa del género humano. Bien así el gran Sofi de Persia juraba en el acto de su coronación no beber agua sino del río Chauspez, secando, en cierto modo, el universo para el rey de los reyes, cuando por el contrario este gran monarca debía hallar en donde quiera levantada la copa de los dioses. En algunos pueblos las leyes han extendido la prohibición del matrimonio hasta el tercer grado de consanguinidad, después que la fisiología ha puesto de manifiesto cuán en mengua de la especie obra la propagación entre próximos parientes. Tiene secretos la naturaleza que nunca le serán revelados ni á la ciencia mas profunda, acerca de los cuales lo más sabio es respetarla, sin requerir ahincadamente sus entrañas. Sabemos que los hijos de dos primos hermanos, verbigracia, nacen á riesgo de no sacar lo de sus padres, si éstos tienen lo de Salomón : pues atengámonos á esta ley de nuestra buena madre, sin importunarla respecto á las causas de semejante capricho, el cual bien puede ser un gran principio en el orden de las cosas. Si los padres no son de lo mejor en lo tocante á la cabeza y el corazón, peor todavía ; los hijos no serán idiotas por